



5 Inéditos

Edda Armas¹⁰⁶

Cetrería

En el Castillo de Niebla mi cuerpo de mujer
asciende escaleras de piedra Bezoar
la mirada se estrecha por la rendija del sin fin
el vuelo que me alza tiene tus ojos
con sangre de drago, semillas de adormidera o amapola,
polvos de rosa, zumo de acacia o raíz de angélica.
Alquimia que en mi ser cumple
la promesa de su pócima
para que la mañana me lleve a la huerta
con la huida de los halcones
y la caza del ojeador haga del instante
la única muerte que ansío.
Apetitosa fruta: irrepitable: caleidoscopio del desear.
La idea de la muerte
dentro de nosotros arma habitación y se hospeda.
El día de morir la gloria ha de vestir de mujer
en lo simple del césped manso nos tenderá
y excitación se hará todo lo que sí fue hecho
con deseo y urgencias entre cielos marcados.

106 Edda Armas: (Caracas, 1955). Poeta venezolana. Ejerce la presidencia del Pen Club de Venezuela y coordina el plan editorial de la Fundación Literaria Alfredo Armas Alfonzo. Ha publicado los poemarios *Roto todo silencio* (1975), *Contra el aire* (1977), *Cuerdas de serpiente* (1985), *Rojo circular* (1992), *Sable* (1994), *La otra orilla* (1999), *La mujer que nos mira* (2000), *En bicicleta* (2003) y *Armadura de piedra* (2005). Ha recibido numerosos premios y distinciones por la intensidad de su obra, la plena conciencia del oficio y la extraordinaria dimensión que alcanza la palabra que nombra al ser.



El dedo de oro

El dedo de oro señala la costilla que me duele,
agujero por el que has salido de mi vida.
También la zanja donde habremos de enterrar
algunas cosas, esas que quedan rezagadas
dispersas errantes silentes a la espera
sin lugar quizás donde desatar la furia
aguardan diminutas algunas veces atadas a
la espalda. Cabrían allí mismo, digo ahora,
las cartas escritas nunca enviadas. Bellas
durmientes trajeadas con espinas de lo espeso.
El dedo de oro no lleva anillo
desmiente o afirma, testigo inclemente
como es, de la canción desafinada.

La llave

Hay sueños que insinúan el hallazgo
la puerta por abrir, la manilla dorada.
La llave. Nube abierta, herida presente.
Insinuaciones del placer más casto.
Tan distante no estás ni tan cercana yo.
Seamos este tiempo. Esta medida.
Esta copa a medio servir. Esta contrariedad
pulsante. Tomemos lo áspero
buscándolo sin tregua, nombrándolo
al apartar la duda de lo fiel.
En la víspera de la llegada el que llega
trae el sosiego de lo cierto, tómalo,
que es tuyo.

con Ida Gramcko



Cerezas

El sol espía las cerezas en lo alto
calor abierto que dispara la energía
apostada a tu llegada
porque sabes del goce al palparlas
y es el deseo el que despiertan ellas
a ras del suelo
acaso celada de la tarde
adentrados en fuegos de cavernas

Rasga la oscuridad primoroso
el ciervo naciendo
el día del aquí
y llega la hora de atar
el cordel a las ramas del arbusto

balancear los placeres rezagados
aniquilar cierta nostalgia
al juntarnos
como enredaderas que brotan
 ¿y cómo no volver a las cerezas
que ahora tú me traes?

La hora que no cesa

hiere, tala, nos incomoda, ancla y cal
retorna a destiempo, arranca la flor y la maleza
sin distinguirles su voracidad

inquisidora al mazo bate sobre los días
alarga una seña que no querríamos mirar
y así cada vez más atroz: el desolvido